

Palabras de homenaje¹

José Lezama Lima

COMO UNA MEDIDA DE CORDEL O ESCRITURA, O TAL VEZ COMO LA PLOMADA, alabar es también una medida en acto, pues al medir volvemos a conocer, comprobando. Al no alabar el cuerpo se entrega a la repugnancia o daño, por eso a veces enfermamos, porque casi siempre entre nosotros alabar es una enfermedad. Sí, es permisible y tiene su esplendor alabar *Espirales del cuje*, es decir, rendirle las gracias en rasgueos de homenaje. En toda verídica y nativa acción de gracias, concurren por igual la alianza, es decir, el arca, la casa reducida por el acoso y el misterio de las aguas no exigidas, y las voces que se extraen o concurren a lo sagrado de la línea del horizonte en la isla de los faisanes o de pascuas.

Después de hacer la cruz en la tierra con el pico del gallo, me sorprendía en Lorenzo García Vega, no el círculo trazado en torno al conjuro, pues aún él no ha deseado cerrarse en un símbolo tocado y sin secreto, la forma resuelta de echarle lazada a los agrupamientos verbales, a ese deslizamiento misterioso y obtenido con los ojos cerrados de una palabra sobre otra, y no como efecto, sino como la única forma de alcanzar el relieve o visibilidad verbal, como si persiguiese su escritura en la medianoche, no con persecución automática o mediúmnica, sino querenciosa lindamente goteando, con una ña de cera.

Al decir *el patio de casa de abuela*, saboreamos cómo se había escapado del símbolo o institución romana, *la abuela*, para caer en una cercana y olorosa compañía, y no al símbolo escueto hispánico. Me pareció cómo la inoportuna compañía del hombre separaba una ternura de una institución, una suavidad que dirige de una rectoría y ordenanza deshabitada. Andamos por aquellas tierras apisonadas y las gentes hundiéndose en los sillones hundidos, o en los taburetes recostados, para que no cruja el cuero improvisado o la madera mal conducida, y es otra expresión de García Vega la que nos penetra y aclara: *un enorme estar entre nosotros*. Así, la palabra *enorme* se convertía en una especie de divinidad, lo enorme, qué enorme, enorme-enorme, que podía posarse lo mismo sobre el relincho del caballo o sobre el sillón que nadie usa, o el insecto

¹ Este texto fue leído por Lezama Lima en el homenaje que el grupo Orígenes dedicó a Lorenzo García Vega con motivo de haber ganado en 1952 el Premio Nacional de Literatura por *Espirales del cuje*.

al que dejamos vivir detrás de un cuadro familiar. En una ocasión, observé que él ensalivaba el cigarro antes de comenzar a fumar. Al preguntarle por qué lo hacía, pues me parece que los labios y su última abstracción, el papel, se separaban sin necesitar la humedad, me contestó: Así siempre lo hacía mi abuelo. Eso me hizo recordar la forma tan sustancial y honda que tienen nuestros guajiros de quemar un cigarro, como si le hicieran una reverencia, y se separan, oyendo el humo. Es como si se llevaran el humo hasta el ombligo, que es como decir como si llevaran el humo hasta el abuelo.

Por un misterioso y coralino apoderarse, la sucesión de la familia en el tiempo logra ceñir y dominar lo aparentemente del pueblo en el espacio. La familia, en la doradilla de la tarde, recibe *un envío de piñas malas*, en el sobresaltado descaro de avispas que toma el engaño en los pueblos, la abuela se incorpora y lo castiga con el reencuentro y precisión tres generaciones hacia atrás, *si su abuelo fue cuatrero en Casimbalta*. Pues no podemos olvidar que nuestra sangre tiene su abuela y su criada, *avec sa rigueur douce comme une confiture*, y fascinantes dinastías egipcias de tíos, con la misma fatalidad y delicia con la que tuvo Proust, y que tenemos las mismas posibilidades y riesgos al manejar el acarreo y el flujo, la filología y la brújula, que Joyce. Lo que sí sería mera influencia literaria sería mostrarnos vacilantes, al rechazar nuestras abuelas y criadas, porque Proust tuvo los golpecitos de su abuela y la Francisca del canto gregoriano. Y las palabras también nos arrastran, y no porque nos sople Joyce, y el cubano del idioma, lo puede desmontar, repujar, clavetear, burlar, ensombrecer, igual que el irlandés Joyce.

Cómo no decir la acción de gracias, y librarnos del daño por la alabanza, para el que ha sorprendido a la salida de una de nuestras escuelas públicas «muchachitas con sus maletas de asas despegadas y sus cajitas viejas de jabón donde llevaban las agujas y los primeros respuntes de un bordado». Qué bien situados entre el despertar poético y las devoradoras ¡estar siempre despiertos! exigencias de la novela, esas *maletas de asas despegadas* y esas *cajitas viejas de jabón*. Qué historia y qué novela, qué frustración áurea y qué posibilidades de oscuro y de desdén, pues esas noblezas desde donde resistimos a la grosería y al martillo, son precisamente las que tienen que vigilar los que doblan la escritura y atraviesan el muro en el tiempo de una figuración. Qué poesía capaz de invencionar una historia y de gravitar la novela, que quizás nunca escribiremos, para causarnos el agrado de que nos hacemos dentro de nuestros misterios y que sea ya lo único que nos quede ¡la última de las imágenes posibles!